

LA MIRADA DE LOS NIÑOS. ESTUDIO SOBRE LOS HIJOS DE LOS LUCHADORES SOCIALES EN EL URUGUAY DE LOS AÑOS DUROS

Rodrigo Vescovi
Universidad de Barcelona

«Tenía cinco años. Aún la veo. Su padre está preso. En cada visita, Sofía le lleva los dibujos que contienen lo esencial de lo que quería decirle. Sus dibujos son censurados sistemáticamente en la entrada. Un día, la mujer de la guardia tacha con tinta negra las golondrinas que anuncian la llegada de la primavera. "Está prohibido dibujar palomas", le dice en tono severo. Desde entonces, Sofía no dibuja más pájaros, pero dibuja numerosos pares de pequeños círculos entre las ramas de los árboles.

Son los ojos de los pájaros que están escondidos.»¹

«Personajes secundarios»

En el presente artículo voy a hablar de personas que no suelen salir en los libros de historia, los niños. Estos no solo, no aparecen en los manuales de historia oficial -de la cual ni hablaré porque se limita a rehacer y justificar el pasado del poder establecido- sino que tampoco se habla de ellos en textos que no pertenecen a dicha historia.

Quienes escriben sobre los acontecimientos desde un punto de vista comprometido -de o con los oprimidos- tampoco suelen mencionar a los pequeños con frecuencia, ya sea por espacio, prioridad, olvido o por no ser «protagonistas».

1. Citado de: Ulriksen, Maren y Viñar, Marcelo. *Fracturas de memoria*, ed: Trilce, Montevideo, 1993.

Casi todos los relatos que forman la memoria de los de abajo hablan de los conflictos sociales, ahondando en los dirigentes, las líneas políticas, la cárcel, las acciones espectaculares, los congresos de ministros... Pocos son los que se acuerdan de personas, también partícipes de la historia y sufridoras de ella, en este caso los niños.

Este artículo es una gota que intenta suplir esta falta de memoria de los considerados «personajes secundarios». Los chavales no escriben textos de historia, pero hacen dibujos, escriben notas, viven momentos imborrables que tarde o temprano cuentan. Por suerte los infantes se comunican, tienen voz aunque siempre hay quien se la niega.²

A través de fuentes como entrevistas, recolección de material de la época y los pocos relatos publicados que hay sobre esta materia he podido escribir este artículo.

Las entrevistas fueron hechas a luchadores sociales y a hijos de éstos, niños que crecieron en la dictadura, uruguaya o argentina, o bien en otros países debido al exilio de sus padres.

Este escrito no pretende ser global ni universal, pues el sujeto de estudio es un sector de la población concreto: los hijos de los luchadores sociales en el Uruguay de las décadas sesenta y setenta.

Se hace mención a lo ocurrido en otros sitios, sobretudo en Argentina, pues tanto la lucha como la represión en el Cono Sur de América no tuvo fronteras.

El estudio pretende averiguar cómo veían los hijos de los militantes a sus padres, a los milicos³, los acontecimientos que se vivían; cómo era la relación de padres e hijos; como era tener a uno o a los dos padres encarcelados.

La cana y los milicos

En Uruguay, antes de la década de los sesenta, la policía para muchos de los niños era algo que representaba la Autoridad. Según los pequeños, su función era la de perseguir a los ladrones y la de vigilarlos a ellos de que no hicieran travesuras. La conducta de la policía -los militares aparecían rara vez en la vida cotidiana- en la vía pública y lo que enseñaban en la TV así lo aparentaba. Para los niños, la mayoría de estos personajes no eran sumamente peligrosos⁴, aunque si los perseguían salían corriendo.

2 Infante. (Del lat. «infans, -antis», niño, primariamente, incapaz de hablar [...]).

Cita del Diccionario de uso del español, María Moliner, ed. Gredos, 1990, Madrid.

3 Nombre que se utiliza para designar indistintamente a policías y militares en Argentina y Uruguay.

4 «[...] cómo era la infancia indiscutible/la nuestra/la viejísima/ [...] cuando había domingos y padres y maestras/y tíos y madrinas/y cumpleaños del viejo y ravioladas/y la playa de todos y el estadio/y la palabra cárcel/era apenas la historia de un lejano conde de montecristo.»

Fragmento del poema Infancias de Mario Benedetti.

La principal relación que aquellos gurises tenían con los agentes era cuando se armaba el partido de fútbol en la calle, frente a las casas en que ellos vivían.

Ahí reconstruían los partidazos del estadio Centenario. Miguel era Schiaffino, Gustavo era Giggia... A veces aparecía algún policía, y aquéllos tenían que dejar de jugar inmediatamente, fuera cual fuese el resultado. Al parecer no se podía jugar a pelota en la calle, norma que conocían pero que al no estar de acuerdo no la respetaban (como harían años más tarde con otras leyes).

En esos casos, lo de menos era el posible tirón de orejas, lo más grave era que el policía pinchara la pelota. Por suerte, en esa época se «tocaba» el esférico, había incluso quienes la «acariciaban»; alguno de éstos era el encargado de pegarle un balinazo y colarla por un balcón o una ventana de alguna de sus casas. Así se salvaba el balón de lo que ellos llamaban la cana.

Estos chiquilines crecieron, dejaron de jugar en la calle y empezaron a laburar o estudiar en la Universidad. Se acababan los años sesenta, el país sufría una crisis a todo nivel, las condiciones económicas y represivas castigaban, sobre todo, a las capas medias y bajas. Por ello, a menudo se protestaba con contundencia. Fenómenos como la consolidación de la llamada revolución cubana, la guerrilla del Ché en Bolivia, entre muchas otras experiencias internacionales o nacionales, animaban a muchos adultos y muchachos a la militancia formando en algunos casos grupos de lucha.

Esta gente, con o sin carrera, trabajadores o parados, luchadora social, tuvo hijos.

Los hijos desde chiquitos tuvieron que aprender las cosas muy rápido, el ritmo del país así lo exigía. Los niños ya no llamaban cana a la policía, sino milicos.

Algunos aprendieron la palabra «libertad» cuando fueron a visitar a su padre, o madre, preso en la cárcel llamada Libertad, creada en esos años para los crecientes presos políticos.

Relatos

La razón de ser de este monográfico es lo que puedan contar los protagonistas de los hechos. Los «anónimos» de la historia que con sus recuerdos nos devuelven nuestra memoria.

Cada cuento forma parte de la situación global de la época, cada historia nos ayuda a comprender la realidad social que se estaba viviendo -o sobreviviendo-. Las actitudes concretas aquí narradas manifiestan el espíritu de una gente (viejos, niños, hombres y mujeres) que resistía el acoso estatal de ahí que me base en testimonios directos.

A continuación presento algunos de estos emocionantes relatos.

Hace un tiempo, cuando estaba en Uruguay, una mujer me contó cómo se hizo cargo de unos niños que crió durante muchos años.

«En esa casa (señalando la vivienda que estaba frente a nosotros), en el año 1972, estaba la mamá tupa con sus tres hijos de siete, seis y un año. La policía

copó la casa, a la espera de la llegada del compañero, quién no vino porque se le avisó, de alguna manera, de la situación. Pero lo agarraron meses después.

La policía entró en la casa, interrogó a la madre, la maltrató delante de sus hijos. Al ver que no hablaba, interrogaron a los niños en un cuarto separado. Al mayor le prometieron que si decía donde estaba el arma se irían y su madre quedaría libre y no pasaría nada, pero que si no lo decía se la llevarían. El niño -que sabía donde estaba (!)- les condujo hasta el escondite, donde se encontraba el revólver. La madre, al saber lo que eso significaba, increpó al hijo.

Los milicos sacaron violentamente a la mamá de la casa y la metieron en una camioneta, los niños salieron llorando a la calle persiguiendo a su mamá. El mayor le dijo gritando a la madre: «no te preocupes mamá, cuando sea grande me voy a comprar una metralleta y voy a matar a ese gordo».

La camioneta trasladó a la mamá a una cárcel adonde estaría diez años. Los chavales crecerían sin ella, pero con el cariño y el cuidado de la vecina y amiga que los recogió de la calle.

Una psicoanalista recuerda la visita de María José cuando tenía seis años.

«Me contó que una tarde los militares ocuparon la casa buscando a su padre. Al otro día no había nada para desayuno. La madre quiso ir de compras, pero ni ella ni los dos hermanos mayores fueron autorizados a salir. Fue María José, de apenas seis años, quien pudo salir a hacer mandados. Escondió en su zapato un pedazo de papel en el que la madre le anotó un número de teléfono. Desde el almacén del barrio, previno a su padre de que no viniese a la casa. Luego, volvió con el pan y la leche. Los militares esperaron en vano varios días y por fin decidieron irse.»⁵

El 8 de octubre de 1969, aniversario de la muerte del Ché, un comando del MLN-Tupamaros copa la ciudad de Pando por unos momentos, las fuerzas del orden no tardan en llegar y reprimir, hay bajas y detenciones entre los tupamaros. En un hogar de Montevideo, varios tupamaros y simpatizantes están a la expectativa, muy conmocionados:

- ¡al pelado, al flaco... no los agarraron!
- ¡el negro está vivo!

El hijo, de apenas ocho años, extrañado porque sólo se preocupasen de sus seres más queridos, afirma:

- ¡Mamá, todos son compañeros!

Lo que cuentan los padres a los hijos

Para comprender como sentían y veían los niños los acontecimientos, hay que tener en cuenta que no sólo cada hijo vivió situaciones diversas, sino que recibieron diferentes explicaciones de lo que ocurría por parte de sus padres y de los mayores en general.

5 Cita de la página 19 de: Maren y M. Viña. Fracturas de memoria, ed.: Trilce, Montevideo, 1993.

Aunque se pueden establecer dos etapas. En la primera los mayores le explican a los pequeños las injusticias del mundo, las fechorías de los guardianes del sistema y el apoyo a los que luchan para transformar la situación, los revolucionarios. La segunda etapa es la del silencio, o la verdad en bajito y en casa, la del miedo y por lo tanto la de la incomprensión. Por supuesto, durante el primer período se da el rechazo más general y fuerte al Capital y en el segundo es cuando el Estado más reprime.

En la época de auge de la lucha había optimismo. Se consideraba que había que expandir las ideas, enseñárselas a los niños y educarles para que tuvieran actitudes comunitarias y contestatarias. Entonces, la consigna era decirles la verdad a los hijos, lo que creían y sentían del momento que se vivía.⁶

Les decían que contaran lo aprendido a los otros niños, que hablaran con ellos. Por esa atmósfera, algunos de aquellos hijos aprendieron a compartir los juguetes, a adquirir valores más justos y humanos y actitudes más rebeldes para el resto de sus vidas.

En tiempos de derrota, de dictadura, no se podía explicar todo aquello. Se ocultaban las ideas, las acciones, las rabias y los compañeros por el miedo impuesto.

Quién les decía a sus hijos algunas cosas, les insistían en que no lo contaran en la escuela.

Algunos testimonios de los hijos así lo afirman. Mona, nacida en febrero de 1972, explica: «Crecí sabiendo que era uruguaya pero que desde recién nacida vivía en Formosa, Argentina. [...] Algunas veces que venía un policía y revisaba la casa, pensaba que por ahí mis padres habían robado algo. No sé si era la escuela o qué pero la policía en ese entonces no me daba miedo.

Llega el 1976, la casa se llena de niños, no se sabía donde estaban sus padres. Luego se marchan y hasta 1983 no los vimos más, algunos nunca más. Mi casa se quedó en silencio. Mis padres hablaban bajito, y mi hermano (de siete años) me dijo no se qué cosa, que los milicos eran los presidentes y que la mujer de Perón se había ido para España. Para mí era todo chino básico, no entendía nada.

Luego nos fuimos a Córdoba, todo era más raro aún, después volvimos a Formosa. A esta altura creía que mis padres estaban medios locos. Nos prepararon un raviol para que el mundo de afuera no nos tocara. De repente el raviol se desborda y no aguanta: el Mundial de fútbol del 78, las Madres de Plaza de Mayo comienzan sus marchas para pedir justicia, la guerra de las Malvinas, el falso patriotismo, las banderas, los muertos, los desaparecidos, la democracia».

Rafa, nacido en 1971 nos cuenta: «Desde los tres años uno sabía que los militares eran gente mala, que en cualquier momento te podían venir a cazar, y

6. Pero incluso en esta primera época, no todos los padres estaban de acuerdo en cómo y qué decir a los hijos. Y así convivían, criticándose, los dos extremos. Desde quien no les contaba nada sobre la resistencia, hasta quien hacía prácticas de tiro con los niños en casa.

lo segundo que sabías era que eran cosas que no las podías hablar con nadie, ni mencionar nada afuera de casa. Era como una presentación y clausura del tema político.

[...] Mis padres se tuvieron que aislar, por la constante persecución hacia ellos y por el encarcelamiento de sus amigos. Entonces tuvieron que ir a un barrio de Buenos Aires. Fuimos como esos casos clásicos de las películas de gente sin pasado. No volvieron a ver a la gente de antes. Todos los amigos eran vecinos.

Me hice una amiguita, que vivía cerca, más tarde me enteré que era la hija de un militar, y posiblemente de los escuadrones».

Vania, nacida en 1971, recuerda el doble discurso cuando su padre le decía: «eso te lo digo a vos pero no lo podés decir en la escuela».

Isabella, nacida en 1967, nos explica: «Yo no sabía qué era mi padre. Cuando se fue, estaba clandestino, entonces yo tenía que dar una versión. Nos ayudó mucha gente con cosas chicas. También en Ecuador, donde nos exiliamos. En ese país, los niños éramos parte activa de la solidaridad con Uruguay. Los sábados de tarde hacíamos sesiones, nos contaban historia. Nos trataban de adoctrinar, nos hicieron creer en un Uruguay que no existía. Yo no tenía ganas de volver».

Los padres presos

«[...] por eso estoy aquí/mirándote y echándote/de menos/por eso es que no puedo despeinar-te el jopo/ni ayudarte con la tabla del nueve/ni acribillarte a pelotazos/vos ya sabés que tuve que elegir otros juegos/y que los jugué en serio/y jugué por ejemplo a los ladrones/y los ladrones eran policías/y jugué por ejemplo a la escondida/y si te descubrían te mataban/y jugué a la mancha/y era de sangre/botija aunque tengas pocos años/creo que hay que decirte la verdad/para que no olvides/[...]todas estas llagas, hinchazones y heridas/que tus ojos redondos/miran hipnotizados/son durísimos golpes/son botas en la cara/demasiado dolor para que te lo oculte/demasiado suplicio para que se me borre/pero también es bueno que conozcas/que tu viejo calló/o puteó como un loco/que es una linda forma de callar/[...]y acordarse de vos/de tu carita/lo ayudaba a callar/una cosa es morirse de dolor/y otra cosa morirse de vergüenza/por eso ahora/me podés preguntar/y sobre todo/puedo yo responder/uno no siempre hace lo que quiere/pero tiene el derecho de no hacer/lo que no quiere/llorá nomás botija/son macanas/que los hombres no lloran/aquí lloramos todos/gritamos berreamos moqueamos chillamos/maldecimos/porque es mejor llorar que traicionar/porque es mejor llorar que traicionarse/llorá/pero no olvides.»

Este fragmento del poema de Mario Benedetti «Hombre preso que mira a su hijo» ilustra muy bien la relación entre los padres presos con sus hijos. A continuación presento testimonios de los niños que tenían a sus padres en la cárcel.

Vania narra algunas experiencias vividas en torno a este tema: «papá cae en 1976, pasa un tiempo desaparecido. En 1972 está preso unos meses por guardar volantes del 26 de Marzo. En 1973 lo vuelven a encarcelar y sufre un largo presidio. En 1982 sale en libertad.

A los cuatro años, en 1976, fue mi primera visita. Fue en un cuartel en la calle Maldonado. Sólo pude entrar yo. Era como un pesebre, tenía paja por todas partes, ahí los torturaban. También me acuerdo muy bien de Punta Carretas, de los presos comunes...Al principio, a Libertad [la cárcel] tenía miedo de ir. En esa

cárcel había una placita pintada de colores, rodeada de alambre de púas y guardia policial con perro. Me despertaba una vez al mes para ir a Libertad, y eso me parecía normal. Uno se acostumbra.

Durante aquel tiempo, mi madre me vendía un padre que no existía. Pero estuvo bien o sino cómo aceptar que eso sea tu padre.

Mi vieja no estaba por la cultura del sufrimiento: “comemos lo mejor que podemos”, ésa es la idea.»

Maren Ulriksen, en la página 7 de *Fracturas de la memoria*, explica: «Un militante político pasó casi todos los años de la dictadura preso. Su hijita era una niña pequeña cuando cayó detenido por primera vez y ella lo visitaba en el cuartel de un pueblo del Interior. Es liberado pero a los pocos meses es encarcelado nuevamente y esta vez lo llevan al penal de Libertad. En los patios de un cuartel o de la cárcel vio crecer a su hijita y hacerse adolescente. Cuando salió del penal a fines de 1984, apenas se conocían. Ella no se había sentado en sus rodillas pidiéndole un cuento, ni había recibido sus caricias ni sus consuelos. Eran casi dos extraños.»

En la página 18 de la misma obra cuenta: «Matilde [...] todavía veo sus cabellos y sus ojos de azabache. Tenía siete años cuando su padre fue detenido, pero era “demasiado grande” para compartir la visita con los más pequeños en el patio de la prisión. Desde hacía varios meses no podía besar a su padre, jella, la única niña, la mayor de sus hermanos! Estaba obligada a la interminable espera junto a su madre y solo podía hablar con su padre a través de un vidrio, utilizando un teléfono que alcanzaba a duras penas. Se dice a sí misma, en forma decidida: “Voy a obligarme a llorar”. Algunas semanas después, me cuenta que logró entrar con sus hermanos pequeños. “No me costó nada, lloraba de verdad y bien fuerte... Me tiré al piso... los soldados tuvieron miedo al verme así y me dejaron entrar con los chiquitos... Le preguntaron a mamá si me había hecho ver por un psiquiatra”».

Sobre la cárcel de mujeres existe un testimonio emotivo, un tanto optimista, seguramente porque relata las dos fugas de las presas. Se trata de *Historia de 13 palomas y 38 estrellas* de Graciela Jorge. En la página 104 y 105 narra la necesidad de las visitas de los hijos de las presas: «Los niños entraban al Sector los domingos. Los que venían a ver a sus madres, sumados a los bebés que vivían allí, cambiaban los sonidos habituales: eran otras risas, otras voces, llantos, otros cantos, juegos».

La autora del libro recoge testimonios anónimos de las ex presas: «Nosotros les cantábamos el antiguo “A la rueda, rueda, de pan y canela, dame un vintén para ir a la escuela” y Laura con su voz finita: “A la rueda, rueda de pan y canela, basta de cuarteles, queremos escuelas”».

«Teníamos una gran dependencia afectiva con los niños [...]. Por más que se razonara, el sufrimiento por no estar con los hijos nadie lo va a borrar.»

A pesar de la necesidad afectiva de sus hijos, muchas presas eligieron que estos no vivieran en la cárcel con ellas. Así nos lo cuenta Micaela: «Le ofrecieron tenerme a mi en la casa, pero ella prefirió que no, por miedo a que la tor-

turaran delante de mi. Yo tenía dos años».

Una militante, en cambio, tras un tiempo en la cárcel, y quedándole otros años para salir a la calle, decide tener un hijo. La primera ocasión que tiene en prisión para acostarse con un hombre, la aprovecha para quedarse embarazada.

Los Tusines, o algo parecido, era el nombre que cariñosamente recibían dos hermanos. Tete, nacido en 1969, y Tutú, nacido en 1970, tenían tres y dos años cuando se llevaron a su padre preso.

A los Tusines les habían enseñado que los milicos eran malos, no solo sus padres, sino vecinos, conocidos... El primer día que tienen la ocasión de ir a visitar a su padre, recluido en un cuartel militar desde hacía un tiempo, el pequeño no quiere subir al patrullero militar que lo vino a buscar para trasladarlo. En ese instante la mamá tuvo que explicarle de apuro, que esos milicos no eran malos, que eran soldados, que los malos eran los oficiales. El niño de dos años y su hermano de tres subieron al coche militar, con miedo pero con muchas ganas de ver a su padre.

A continuación transcribo un fragmento de una carta del padre preso a su compañera, y madre de los Tusines, en la cual explica ese primer encuentro entre rejas (septiembre 1972).

«La visita del domingo creo que a los neños les hizo mucho bien y para mi también es importante. El encuentro fue algo fabuloso, nos dimos muchísimos besos, con Tete [hijo mayor] mantuve un verdadero diálogo, me interrogó sobre todo, es vivísimo. (...) Creo que sigue sin entender muchas cosas; hay que dedicarles tiempo a explicarle, hay que decirle toda la verdad (TODA). La mayoría de las cosas que me preguntó no se las pude contestar⁷. La visita se realizó en una pieza grande. A mi me habían sentado en una silla, con otras dos en los costados, yo me reía de pensar ¿sillas para los Tusines?. Pero después de muchos besos y abrazos cada uno se sentó en una silla, como si supieran, yo hablaba con el mayor y el pequeño me agarraba de la cara y me mostraba cosas, me hacía lo del pajarito sin hueso (está macanudo). Al mayor le pedí que me cantara algo, pero me contestaba muy serio: "ahora estamos conversando" (después cantó). El pequeño al rato se declaró aburrido se levantó y corría hacia mi para que lo alzara. No se cansaba, yo sí. Al mismo tiempo Tete me tupía a preguntas. Fue todo bárbaro, pero fue demasiado contraste con la excesiva tranquilidad que hay aquí, me dejaron de cama, yo estaba radiante, contento, eléctrico (así quedé después), por eso creo que les di una buena impresión a los neños, es distinto el caso de otros compañeros que lloraban, etc. Me olvidaba: los neños empezaron a jugar con una nena sobretodo Y, armaron flor de relajo, la nena terminó llorando».

7. En un momento Tete mira a su alrededor, y pregunta a su padre: «¿los policías son buenos o son malos? El padre presionado por su entorno y la guardia que está presente, contesta saliendo del aprieto: «y bueeeno, es como todo, algunos son buenos y otros son malos».

En otra visita de los Tusines, hay varios presos con sus hijos. La sala está fuertemente custodiada, entre los agentes está el Ogro, un torturador de los más temidos. En su cintura tiene una libreta y su inseparable revólver. De repente Tete sorprendido, dice y señala:

—Mirá papá, vos tenés una igual a esa.

El silencio se apodera de la sala, de toda la sala, las miradas se cruzan. Después de la tensión, se aclara el malentendido, el padre tenía una libreta igual a la del agente.

Otra comunicación posible (cartas, dibujos, regalos... desde la cárcel)

La comunicación por carta se hacía indispensable inclusive con los hijos. Recibir aunque tan sólo fueran unos rayotes del pequeño, daba la fuerza para resistir aquellas condiciones represivas. La separación con los seres queridos es una de las principales dificultades de la no-vida entre barrotes.

A continuación describo una serie de cartas, dibujos, regalos que no son más que mensajes de amor, de esperanza, de lucha, de una conducta a seguir, de una explicación de lo que pasa, de un querer decir «aunque no estoy, existo, y nuestra relación es importantísima». Estos mensajes no siempre podían ser claros a veces eran «clandestinos», como el caso de Sofía y sus ojos de los pájaros.

En agosto 1972, el padre de los Tusines en una carta a su compañera escribe: «Contame más de los nenes, estoy bastante preocupado por ellos. (...) Mi hipótesis es que no racionalizan bien lo que pasa, para ellos no estoy más (como el pajarito) y debe ser bravo. Para contrarrestar eso, voy a tratar de mandarles siempre algo.

En otra carta manifiesta la necesidad de recibir algo de sus hijos:

«[...] Que los nenes me manden dibujos a mi 1 cada 1, no importa lo que salga, pero dales un papel y un lápiz a cada uno y deciles que dibujen algo para mí.» En noviembre 1972 escribe a los pequeños un cuento que enseña lo importante que es jugar de a muchos, compartiendo los juguetes.

En una visita Tete, le lleva un dibujo; se ha esmerado mucho en dibujar un coche. Se lo enseña a su padre preso, que demuestra su agradecimiento:

—¡que auto más lindo!, y que es esto -el padre señala unos rayotes que hay al lado del coche.

—la pintura del auto -contesta Tete.

—¿y porqué no la pusiste en el auto?

—porque no quería rayarlo todo.

Los padres presos también obsequiaban a sus hijos con regalos. Hacían juguetes (títeres, coches) con el material que tenían a mano, fuera suyo, de otro compañero o de lo que le sacaban al edificio carcelario. Por ejemplo la madera de los marcos de las ventanas se usaba para hacer muñecos saltarines.

Graciela cuenta lo que creaban en la cárcel de mujeres para los hijos, de ellas o de sus compañeras:

«Se hacían juguetes de trapo: las muñecas patilargas, de moda por aquella época, y los payasos para colgar en la pared fueron los preferidos.

Para el día de Reyes, el grupo de teatro creó una obra de títeres que contaba la historia de un niño perdido que buscaba la Luna. No faltó un solo niño a la cita y todos quedaron atrapados en el mundo mágico de los títeres que les entregaron los regalos de los Reyes Magos: animales de trapo, muñecas, cajitas.

En el fin de la obra, la encargada de la guardia, que estaba observando, se desmayó. Luego, explicó con sinceridad que desde hacía meses que tenía el sueldo empeñado para comprarle bicicletas a sus hijos... "Y cuando vi con qué poco ustedes hacían felices a los suyos"». ⁸

«Pablo sabe que, por primera vez, podrá visitar a su padre en la cárcel. Prepara con dedicación un regalo: un cenicero en cerámica, fabricado por él mismo. Lo pinta de rayas multicolores. Preocupado, me pregunta: ¿Crees que papá se dará cuenta de que entre las rayas pinté nuestra bandera? En efecto, disimulando entre las rayas, había pintado el símbolo del frente político al cual pertenecía su padre.

Laura tiene cuatro años. Hablamos de la posibilidad de un viaje para visitar a su padre que está preso antes de su nacimiento. Me dice: "Quiero ir a ver a mi papá... voy a llevar un regalo sorpresa para los malos" y dibuja un paquete atado a una cinta. "Sabés, este regalo tiene una trampa. Lo van a abrir y ¡boommm!, las estrellas." Con orgullo, levanta su puño cerrado.» ⁹

Micaela explica que ella y su hermana, teniendo a la madre presa: «al pintar a mamá en un papel le dibujábamos la cama linda, con sábanas con animalitos. Nos imaginábamos que estaba en un lugar no tan dramático»

Carta de Jimena, la hermana de Micaela de unos ocho años (1972-1974): «Mamá te extraño mucho, espero que salgas pronto. Sabes que Mica es muy pillita, se desnuda a cada rato y se pinta la barriga con draipenes». «Papá a ti también te extraño mucho y este dibujo es para los dos. Mamá me preguntó si sabía la tabla del dos; sí la se, te la escribo...»

La mamá le hace a sus hijas dibujos didácticos, con muchos colores, alegres. Hoy veo esos dibujos y encuentro uno censurado. Se trata de un cuento de un elefante dibujado que vivía en la lámina de un libro y se escapaba. Pasando papeles encuentro un hermoso cuento (ilustrado) de la madre: «Queridas hijitas: hoy es una noche muy clara, la luna brilla en el cielo, desde la ventana escucho una música muy alegre que viene de un baile que organizaron los bichitos del campo. El cielo está lleno de estrellitas que iluminaban el baile. A él asistieron todos los bichitos de luz con sus farolitos». Jimena le pinta un dibujo en un papel y le escribe: «Este dibujo es para que estés feliz».

8. Cita de la página 111 de Historia de 13 palomas y 38 estrellas. Fugas de la Cárcel de Mujeres, Jorge, Graciela, e: Tae, 1994, Montevideo.

9. Cita de Ulriksen, Maren y Viña, Marcelo. Fracturas de memoria, ed: Trilce, 1993, Montevideo.

Las madres y los padres presos seguían con sumo interés la educación de sus hijos. De ahí que desde afuera siempre se les den noticias de como van en el colegio: «Mica ha superado perfectamente su primera etapa de no acatamiento a la escuela y ahora está perfectamente integrada a la clase».

También explicaban porqué se encontraban ahí, y qué ideas defendían. En su primera carta, a Vania, el padre le escribe: «Tu papá quiere que todos los niños tengan juguetes».

La rebelión de los peluditos

A fines de los años sesenta y principios de los setenta, las aventuras y desventuras de los hijos de los luchadores sociales podían diferir de un sector a otro, de un grupo organizado a otro y de un lugar a otro del país. Pero al mismo tiempo muchos aspectos les eran comunes.

En el artículo «Comunidad del Sur: Cuarenta años de vida» (*Boletín Americanista* n° 46, 1996, Barcelona) abordaba cómo era la vida de los niños que integraban aquella comuna. En esta ocasión me extenderé en los hijos de los cortadores de caña, el sector agrario más combatiente por aquellos años.

A continuación transcribo algunos fragmentos del libro de Mauricio Rosencof *La rebelion de los cañeros* (Tae editorial, 1987, Montevideo) para mostrar las precarias condiciones en las que vivían algunos niños en Uruguay, una de las razones de que se radicalizara la lucha proletaria. Son líneas que hablan de niños de una parte especialmente castigada del país, de la relación de estos con los mayores, de sus travesuras, de sus tristezas, y porque no, de su resistencia. En la página 10, 11 y 12 aparece:

«El Vica no cumplió los 6 años y es alto como un niño de tres. Su madre trabajaba en un quilombito de Uruguayana, y hace meses que no viene. Vica y sus hermanos menores: Dausha y el Coco están al cuidado de la tía Flaca. Lydia, que así se llama la tía, no cumplió aún los 11 años. [...] El Vica no tiene cama, duerme en el suelo. Sus hermanitos también. Tampoco tiene qué comer [...] Dornel me explica que en el último verano alrededor de 40 niños murieron de diarrea en Bella Unión. No hay antibióticos ni alimentación apropiada, y no hay niño que no esté subalimentado. La acción de caboclos y vencedores tampoco subsana el mal, pero trae un poco de ilusión. En invierno, el frío es el que hace los estragos. Las familias se llenan de perros que se amontonan con el guriserío, abrigándolo. [...] Norte bárbaro, de hambrientos, raquíticos, y niños que mueren año a año sin conocer la leche, la fruta o el chocolate.

[...] Los niños cargan todo lo que pueden porque la zafra es una y se cobra a destajo.

En la página 24, el autor explica que al volver de la marcha de protesta a la capital, a unos 800 km, en la que participa toda la comunidad de trabajadores de cortadores de caña, hubo un acontecimiento como consecuencia extrema de aquella miseria.

«Cuando regresaron a Bella Unión, la hija de Lurdes no tuvo más alimenta-

ción que el caldo de cogollo de caña. Su marido estaba en la lista negra y no conseguía trabajo. No había qué comer, ni a quién pedir, porque nadie tenía. Y fue entonces, que suavemente, murió la primera peludita que había nacido en una marcha.»

Los niños no solo participaban de las asambleas y campamentos¹⁰ cañeros, también participaban en las manifestaciones y en otras acciones como cuando 200 cañeros fueron a visitar a tres compañeros presos por intentar expropiar. Entraron en la cárcel sin permiso. Hay tensión, los soldados observan nerviosos a los decididos peludos. Entonces aparece un niño: «El Vica se trepa al muro, prendiéndose a los barrotes. Vique (el preso) le hace una caricia pasando la mano entre las rejas. [...] Los apretones de mano se suceden, las madres presentan a los hijos recientes: "A éste no lo conoce Ataliva, nació el otro año... mirá Peludito, éste es Castillo"».

Como de costumbre, el gobierno, defensor del orden establecido, por lo tanto de las condiciones de miseria, en ocasiones intenta mostrar un paternalismo solidario, que no es más que un control con tintes represivos. A continuación presento un ejemplo que tiene que ver con los niños (página 84): «Fue cuando los cañeros recibieron la amenaza de la filantropía: si no se retiraban, el Consejo del Niño se haría cargo de los peluditos, "que de ninguna manera podían pasar la noche en la intemperie».

Niños desaparecidos

Los llamados desaparecidos en el Uruguay fueron muchísimos menos que en el país vecino, donde el exterminio fue una de las maneras empleadas para acabar con la lucha. Mataron a padres dejando huérfanos a hijos, eso cuando no secuestraron a los niños, cual botín de guerra, para venderlos, regalarlos a colaboradores o a otras familias que los quisieran adoptar, siempre y cuando no fueran «amigos de la sedición», pues de lo que se trataba, según ellos, era de «salvar almas inocentes». Los secuestradores decidieron adoptar a los niños, quizá bajo la irracional lógica de «salvar» a los herederos de sus enemigos.

Para esto hicieron las peores cosas imaginables. Por ejemplo cuando las luchadoras sociales estaban embarazadas esperaban a que estas parieran para matarlas. La cooperación y participación conjunta de militares argentinos y uruguayos facilitó la labor de las Fuerzas Militares de Uruguay para detener en territorio argentino a numerosos perseguidos huidos de Uruguay. Más de cien fueron asesinados y desaparecidos. Con algunos de ellos se llevaron a sus hijos o las mantuvieron vivas hasta que parieron. Por lo menos 13 niños uruguayos estaban desaparecidos años después de los golpes militares. El periódico La República,

10. «Enterados de los sucesos en el campamento, se convocó una asamblea. Había oscurecido y una llovizna fría caía implacablemente. Un fuerte cordón policial rodeaba el campamento. El silencio era total. Hasta el guriserío estaba quieto». Cita p. 36 de La rebelión de los cañeros.

hace algunos años, publicó un trabajo de investigación sobre este tema:

«En estas crónicas-testimonios hablamos sobre esas once vidas, muchas aún ausentes. Sobre Simón y las esperanzas de su madre, Sara Méndez; la única mujer que sobrevivió para buscar a su hijo que hoy quizá tiene doce años. Sobre Verónica Leticia, quién nació en la frialdad de un centro de detención, luego adoptada por militares y hoy recuperada por su abuela con el simbólico nombre de María Victoria. Sobre Mariana Zaffaroni, cuya identidad impuesta es Daniela Romina Furci, hija adoptiva de Miguel Angel Furci. Sobre un niño de apellido D'Elia, de quien sólo sabemos que nació. Sobre Anatole y Victoria Julien, hoy dos adolescentes que viven en Chile junto a los padres que fueron a encontrar en Valparaíso, luego de ser abandonados en una plaza por los captores de sus padres verdaderos. Sobre Amaral, un símbolo del reencuentro posible. Sobre los hermanos Beatriz, Fernando y Andrés Hernández Hobbas, de 15, 14 y 4 años, respectivamente que desaparecieron meses después de la detención de su madre. Sobre Carmen, la hija de Aída Sanz, que nació mientras torturaban a su madre.»¹¹

El dossier narra cómo fueron buscando los familiares a sus hijos o nietos desaparecidos, cómo desde la incertidumbre se fueron reconociendo en su deambular por cárceles, juzgados, regimientos, casas cunas, ministerios y organizaciones no gubernamentales. Mujeres y hombres de distintos sectores sociales, pero con experiencias vitales unidas por el dolor.

En la página 86, los autores recogen un testimonio espeluznante: «En el mes de diciembre de 1977 fueron detenidos en Argentina 22 uruguayos, muchos desaparecieron, entre ellos Julio César D'Elia Pallares, economista, y Yolanda Iris Casco Guelfi. Ambos tenían 31 años en el momento de su detención. "Recién hace poco las abuelas de la plaza de Mayo nos contactaron con una argentina que estuvo detenida en los Pozos de Banfield con mi nuera. Ella nos contó que Yolanda dio a luz, esposada y con capucha y grilletas en los pies, a un varón en los primeros días de enero. Nació y se lo quitaron. Nada más hemos sabido. Recuerdos y ninguna huella de sus hijos. Tampoco de su nieto: "Nuestro nieto que pudo haber sido el último consuelo"».

En 1995, al fin apareció el recién nacido, ahora un muchacho. En esta ocasión, el desaparecido y reencontrado tras el shock inicial decidió ir a visitar a su familia. El encuentro fue emotivo. No así otros. En una ocasión, al ser descubierta la nieta desaparecida, el padre -militar- se cambia la identidad y se esconde otra vez. También hay casos en los que los hijos deciden quedarse con la familia adoptiva. Quizás el caso más triste, si es que se puede graduar la tristeza cuando esta es tan grande, es el de una madre superviviente a las torturas, que tras salir de la cárcel se centra en la búsqueda de su hijo roba-

11. Cita de la página 6, ¿Dónde están?. La historia de los niños uruguayos desaparecidos. Dinamarca, Hernan y Santelices, Marisol, ed: La República, 1989, Montevideo.

do. Cuando lo encuentra, éste decide quedarse a vivir en la familia con la que creció, al parecer pensando: "tal vez tú seas mi madre sanguínea, pero me quedo con éstos, después de todo ellos me cuidaron, y tu no. ¿Como teniendo un hijo, yo, te metiste en política y líos?".

La película La Historia Oficial trata el tema de los desaparecidos adoptados por los colaboracionistas con el régimen. El film narra como una mujer de clase media-alta, profesora de historia, vive feliz casada y con su hija adoptiva. En un momento la abuela de la niña (una de las Madres de la Plaza) entra en contacto con ella, y ella decide quitar a la niña a su marido -y a ella misma- y devolverla a los suyos.

¿Qué opinan hoy los jóvenes que entonces eran niños?

Hoy, algunos de aquellos niños, ahora jóvenes, con trabajo o sin él, con militancia o sin ella, con hijos o sin ellos, con padres o sin ellos, qué opinan sobre las experiencias vividas.

Hay quienes ven que los acontecimiento les pasaron por arriba, y maldicen el destino que la historia les dio. Hay quienes se ven partícipes de la historia, y continuadores de ella, e incluso de la lucha que llevaron los padres. Hay jóvenes que mantienen los valores más generales de sus viejos: justicia social, transformación del mundo,... Hay quienes mantienen un espíritu de lucha aun cuando sus padres les demuestran haberlo perdido, incluso cuando sus padres -por todo su duro proceso- se han vuelto conformistas y consumidores de la democracia del sistema capitalista. También hay hijos que mantienen esa tendencia a la preocupación social pero que se distancian de aquella radicalidad que tienen, o sobre todo tenían, sus padres a la edad de éstos.

Hay también hijos que no quieren ni escuchar hablar de revolución, ni de política, ni de nada social. La historia de los conflictos sociales les golpeó duro, y ahora no quieren saber nada de eso. Algunos padres fueron asesinados, otros duramente torturados, algunos de ellos sólo hablaron con su padres libres, cuando ya eran adolescentes. Entonces hay quienes culpabilizan a sus padres por haberse metido en política, en la lucha, teniendo hijos, teniéndolos a ellos. Incluso hay quienes llegan a pensar que: «Si sus viejos estaban luchando, jugándose su vida o su libertad para qué mierda los tuvieron, para que los hicieron nacer, con lo que se les podía venir, y finalmente se les vino».

Me imagino lo duro que fueron, y son, los diálogos entre un hijo que le pregunta eso a su viejo: "¿Porqué me tuvieron?", y este explicándole que justamente luchaban por darle a sus hijos un mundo nuevo, en el que justamente se educarían y adquirirían valores humanos de solidaridad y reciprocidad, valores que ellos aprendieron pero que no llegarían nunca a adquirir completamente por haber sido educados en el sistema burgués. Para los padres revolucionarios, sus hijos, y todos los niños, se criarían en la nueva sociedad

(comunista, anarquista, socialista...). Los niños significaban el hombre nuevo.¹²

Agustín, de 26 años, critica el primitivismo político de la generación de sus padres y añade: «Nuestros viejos pensaban que la revolución estaba a la vuelta de la esquina¹³. Tenían un desconocimiento de la época». Con respecto a lo que sienten los hijos por los padres dice: «Algunos deben sentir admiración y otros rechazo, supongo que los que más sufrieron».

Vania explica de su padre: «No le hecho la culpa, te genera cierto respeto. Me afilié a la Juventud Comunista. Mi viejo está bien».

Rafa afirma que: «Culpas en ningún momento. Siempre vi la situación de mis padres muy sufrida y muy heroica, no heroica con mayúscula sino heroica en situaciones chiquitas, muy dramáticas por lo menos. Nunca tuve una ruptura generacional en ese sentido. Tomé todas las vivencias de mis padres como una continuidad y toda la concepción de las cosas, casi como una cosa seguida. Durante casi toda la secundaria, del 1984 al 1987, hasta casi los 15 años, me imaginaba mi futuro casi como el de mis padres, tenía la idea clara que cuando llegara a ser un joven, iba a ser un estudiante y a vivir situaciones de violencia cotidiana y todo lo demás, cabalmente. [...] la idea de que muy probablemente uno iba a ser torturado en algún momento de mi vida. Cuando me llegara la edad, estando en todos esos problemas daba por sentado que mis 18 o 20 años iban a ser una reproducción de los que mis padres habían vivido. Ahora no creo que de aquí a muchos años se vaya a dar una confrontación igual».

Como se observa, hay una profunda reflexión por parte de los hijos a todo lo vivido, a veces más calmada y a veces más exaltada. Otro de ellos, que tuvo a su padre encarcelado cuando aún funcionaba el parlamento y la constitución, pregunta con rabia: «¿Quién mierda se creían para separar a mi padre durante tanto tiempo de mí, pero quien hizo esa ley que permitía eso?».

HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio) es una agrupación que nace en Argentina, 1995, con la idea de contactar y hacer una red con todos los chicos que tuvieron una historia violentada por los acontecimientos. Exilio, nacimiento en la cárcel, padres desaparecidos o encarcelados durante su infancia... Son los hijos de aquella época. He seleccionado algunos testimonios de estos hijos extraídos de la revista «Sudacas»:

12. «[...] Y mientras él crezca/crecerá también/el lugar de todos./será para bien./Niño, mi niño,/tu niño y aquel niño/todos van./Rueda que te rueda/hacia la vida nueva llegarán/Cada niño un poco,/todos tomarán/de la misma leche/y del mismo pan./Niño, mi niño, vendrás en primavera,/te traeré./Gurisito mío,lugar de madre selvas/te daré./Y aunque nazcas pobre, te traigo también:/se precisan niños/para amanecer.» (Fragmento de una canción de Daniel Viglietti.)

13. En la época de lucha creciente, este optimismo lo tenían muchas personas. Había incluso quienes estaban seguros de que la revolución estaba a punto de llegar. El padre de Rafa me contaba que, en un momento, impactado por la muerte de un compañero llegó a cuestionarse su continuidad en la actividad político-social. En su pensamiento interno pensó lo que sentiría su hijo en la escuela, con la revolución ya triunfante, si su padre hubiera abandonado la lucha tiempo antes.

Carolina dice: «Socialmente, ahora la cuestión dejó de ser "las viejas locas que hablaban de los desaparecidos". [...] Tenemos varios objetivos: darnos a conocer; el objetivo social, de hacer presión con el tema que nos importa, que es reconstruir esta historia; y conectarnos con los hijos. [...] Socialmente es difícil tocar el tema, también lo es a veces en las familias. Yo, por ejemplo, conseguí una grabación con la voz de mi mamá, y en mi familia nadie quiso escucharla. Tenemos que ir recuperando la historia como un rompecabezas».

Martín explica: «Nos gustaría que HIJOS fuera también un soporte para los chicos que pasaron por esto y que por algún motivo no se pueden conectar con la historia de sus viejos, por ejemplo porque en la familia no se puede hablar».

Josefina: «[...] No es uno no quiera cerrar la herida y seguir revolviendo, es que uno no puede hacer otra cosa».

En este texto se han recogido algunas experiencias, interpretaciones y opiniones de los hijos de los luchadores sociales del Uruguay de los años duros. Me queda la impresión de que todos aquellos niños, ahora jóvenes, mantienen cierta sensibilidad por lo humano, una comprensión cálida cuando se miran entre ellos, lástima que no pueda retransmitir en este texto, la mirada de aquellos niños, ahora jóvenes.

Bibliografía

- Benedetti: *Preguntas al azar*, ed. Arca, 1989, Montevideo.
Benedetti: *Inventario*, ed. Visor, 1983, Madrid.
Fernández Huidobro, E., *Vacaciones*. Tae editorial, 1995, Montevideo.
Dinamarca, Hernan y Santelices, Marisol: *¿Dónde están? La historia de los niños uruguayos desaparecidos*, ed. La República, 1989, Montevideo.
Gatti, Mauricio: *En la selva hay mucho por hacer*, ed. CIDOB-TM, 1977, Barcelona.
Jorge, Graciela: *Historia de 13 palomas y 38 estrellas*. Fugas de la Cárcel de Mujeres, ed. Tae, 1994, Montevideo.
Lev, Leon: *Cartas desde mi celda*, ed. Graffiti, 1992, Montevideo.
Ulriksen, Maren y Viña, Marcelo. *Fracturas de memoria*, ed. Trilce, 1993 Montevideo.
Rosencof, Mauricio: *La rebelión de los cañeros*, Tae editorial, 1987, Montevideo.

Revistas vaciadas

- Sudacas*: «Los hijos se organizan: en el nombre del padre», Barcelona.
«A Redoblan», nº 8, suplemento juvenil de *Mayoría*, enero de 1983, Montevideo.
Moreno, Ricardo, «El País», 7 de septiembre de 1988, Barcelona.

Archivo del autor

Cartas:

- Cartas de un preso en 1972. Anónimo.
Correspondencia de Micaela y Jimena con su mamá, cuando estaba en la cárcel (1972-1974).

Entrevistas:

- Isabella (nacida en Uruguay, 1967) entrevistada en enero de 1995, Montevideo.
Vania (nacida en Uruguay, 1971) id. en enero del 1995, Montevideo.
Micaela (nacida en Uruguay, 1970) id. en mayo de 1995, Montevideo.
Rafael Tejera (nacido en Uruguay, 1972) id. en marzo de 1995, Montevideo.
Mona (nacida en Uruguay, 1972) id. agosto de 1996, Barcelona.
Gabriel (nacido en Uruguay, 1972) id. agosto de 1996, Barcelona.